

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

LA VIGILIA DE SAN JUAN BAUTISTA

SAN JUAN, presbítero, en Roma; el cual en tiempo de Juliano apóstata, en la via Salaria antigua, fué degollado delante de la estatua del Sol. Su cuerpo le sepultó S. Concordio presbítero, en el cementerio llamado el Concilio de los Mártires. (No constando con certeza la existencia de sus reliquias en alguna de las iglesias de Roma, donde fué enterrado en la via Salaria, este ha sido el motivo de opinar con variedad los escritores acerca de ellas. Algunos son de sentir, que la cabeza que se conserva en la iglesia de S. Silvestre en el Campo Marcio es de este ilustre mártir, y no de S. Juan Bautista, como otros quieren. Tamayo Salazar en su Martirologio español dice: que entre las reliquias concedidas á los padres Trinitarios descalzos por la santidad de Urbano VIII para que enriqueciesen los conventos de su orden, fueron unas las de este célebre presbítero, lo que dudan los Bolandos, fundados en el documento de la donacion que el mismo Salazar trae á la letra en el dia segundo de marzo, en el que con efecto no se hace espresion de las de S. Juan, como de las de otros Santos.)

SANTA AGRIPIÑA, virgen y mártir, tambien en Roma, en tiempo del emperador Valeriano; su cuerpo resplandeciente en muchos milagros fué trasladado á Sicilia.

SAN FELIX, presbítero, en Sutri de Toscana; cuyo rostro por mandato del prefecto Turcio fué quebrantado con una piedra hasta que murió.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES, en Nicomedia, los cuales ocultándose en las cuevas y en los montes, en tiempo de Diocleciano, padecieron gustosos el martirio por el nombre de Jesucristo.

LOS SANTOS MÁRTIRES ZENON Y ZENAS su esclavo, en Filadelfia de la Arabia: besando Zenas las cadenas con que estaba preso su amo, y pidiéndole que se dignase recibirlo por compañero en los tormentos, lo prendieron los soldados, y lo martirizaron juntamente con él.

SANTA EDELTRUDA (ETHELDREDA, ó AUDRICA), reina y virgen, en Inglaterra; la cual esclarecida en santidad y milagros voló al Señor: su cuerpo se halló incorrupto once años despues de su muerte. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN SIMEON STILITA, EL MENOR.

SAN Simeon Stilita, llamado *el Menor* para distinguirlo del otro mas antiguo, cuyo nombre le pusieron en el bautismo, y cuyos ejemplos emuló en su penitencia, nació en Antioquia el año de 321, adonde su padre, llamado Juan, que era natural



S. SIMEON STILITA EL MENOR.

de Edesa, había fijado su domicilio, siendo mercader de bálsamos y drogas aromáticas. Tuvo por madre á una mujer moza y virtuosa, llamada Marta, la cual, hallándose embarazada, y haciendo fervorosa oracion á Dios en cierta capilla dedicada á san Juan Bautista, tuvo una especie de revelacion, en que se la dió á entender que muy presto daria á luz un hijo, cuya elevada santidad y penitente vida le haria grande en los ojos del Señor; pronóstico que tardó poco en verificarse, porque Simeon desde la misma niñez manifestó no tomar gusto á otra cosa que al ayuno y á la abstinencia.

A los cinco años perdió á su padre, con la desgracia de quedar éste sepultado en las ruinas de su casa, por un terremoto que echó por tierra toda la ciudad de Antioquía; y hallándose nuestro Santo con su madre en la capilla de S. Juan Bautista, fueron preservados de la desgracia comun.

Distinguió el cielo su niñez con tan singulares favores, que todos reconocian se iba criando un gran santo en aquel tierno infante. Apenas contaba doce años cuando pensó seriamente en retirarse á un desierto para dedicarse á vida mas perfecta. Conaturalizose tanto con el ayuno, y era tan escaso su alimento, que parecia vivia de milagro. Por sus escritos contra los herejes se conoce que la madre no se descuidó de su educacion; sino que digamos que su natural ingenio y la luz sobrenatural del cielo suplieron la falta de los maestros.

Lisonjeábale el mundo con grandes esperanzas; pero despreciándolas generosamente su corazon, se retiró de él, cuando otros apenas comienzan á reconocerle; ni fueron capaces de alterar su resolucion las tiernas persuasiones ni las amargas lágrimas de su querida y desconsolada madre. No dudando de que la vocacion de Dios le llamaba al retiro de la soledad, sin hacerle fuerza sus pocos años, se salió de la ciudad, y se encaminó á un monasterio de Siria, colocado al pié del monte Taumastoro, que quiere decir *Monte admirable*. Era poco numeroso el monasterio por la extraordinaria austeridad que se profesaba en él, la que no acobardó al niño Simeon, que pidió el hábito de monge con las mas vivas instancias. Representáronle las rigurosas penitencias que se hacian en aquella casa, sus pocos años, y la debilidad de su complexion; pero á todo respondió que el Señor le llamaba poderosamente á ella, que las fuerzas de su divina gracia suplirian las que faltaban á la naturaleza, y serian muy superiores á las que no tenia su edad. Mostró tanta ingenuidad y tanto juicio en sus respuestas; descubrióse tanta virtud en su porte, y conocióse tan clara y tan señalada su voca-

cion, que fué admitido entre los religiosos, y entregado á la direccion de un monge, varon de señalada virtud, y de espíritu muy penitente. Llamábase Juan el Stilita, porque ordinariamente vivia sobre una columna elevada dentro del recinto del monasterio; género de penitencia que se hizo muy comun en varias partes, y de que singularmente la Siria puso á los ojos del mundo muchos ejemplos.

Era muy conforme á la inclinacion del discípulo el espíritu severo del director, y en breve tiempo dejó muy atrás al director la rigurosa penitencia del discípulo. Al principio solo se sustentaba de legumbres remojadas en un poco de agua, y aun este escaso sustento no le tomaba sino de dos en dos dias; despues probó á pasar tres dias sin sustento alguno, y al cabo llegó á no comer mas que una sola vez en toda la semana. Empleaba en oracion la mayor parte del dia y de la noche, continuándola aun mas que interrumpiéndola lo restante del tiempo con el trabajo de manos y con la leccion de libros piadosos. Notábasele siempre unido con Dios, siendo el mejor testimonio de los espirituales consuelos que gustaba su corazon aquella perpetua alegría que se derramaba en su semblante. Era jóven bien dispuesto, y como á eso se juntaba aquella modestia natural, aquella cara siempre risueña y aquella serenidad inalterable, se hacia admirar de todos; por otra parte su extraordinaria virtud, su profunda humildad y su penitente vida le hicieron tan respetable, que apenas se hablaba en todas partes de otra cosa que de su rara santidad.

Envidioso el enemigo comun, no perdonó á medio alguno para perderle. Puso en la cabeza á un pobre pastor de aquellas cercanías que aquel monge que metia tanto ruido era un hipocriton y un malvado, preocupándole tanto la imaginacion con este diabólico concepto, que el infeliz tomó en fin la resolucion de quitar la vida al santo mozo; pero apenas cogió en la mano un cuchillo para poner en ejecucion su alevoso intento, cuando se le secó la mano de repente, quedando el brazo tan sin vigor y tan descarnado, que solo se veia el hueso cubierto de la piel encogida y arrugada. Atónito el miserable pastor corrió exhalado al abad del monasterio; y esplicándose mas con lágrimas que con voces, le descubrió como pudo su delito. El abad, que tenia bien conocida la virtud de nuestro Santo, le llevó á su celda, y arrojándose á sus pies confesó su pecado, pidiéndole humildemente perdon, y que con sus oraciones le alcanzase de Dios no menos la salud del alma que la del cuerpo. Enternecido Simeon, y compadecido al mismo tiempo, echó los brazos al cuello, y es-

trechó en ellos dulcemente al afligido pastor, sanándole y convirtiéndole con su milagroso abrazo.

Crecia con la edad el ardiente deseo de mas y mas perfeccion; y pareciéndole á nuestro Santo que todavía le llamaba Dios á vida mas penitente, mas retirada y de mayor recogimiento, comunicó estas inspiraciones con su santo director, con cuya aprobacion y licencia hizo levantar una columna dentro de los muros del monasterio, sobre la cual se mantuvo sesenta y ocho años á la inclemencia de todos los temporales, en continua contemplacion de las verdades mas sublimes de nuestra religion, y en asombroso ejercicio de la mas portentosa penitencia.

Era muy alta su columna, pero tan estrecha, que solo le permitia estar de pié ó de rodillas, colocada enfrente de la de su director para no caminar sin guia, y para tener siempre á la vista un testigo fiel y zeloso de sus operaciones. Era cada dia mas riguroso su ayuno, sustentándose ya únicamente con las hojas de los arbustos ó matorrales que nacian al rededor del monte; y rarísima vez bebia. Ciñóse tan fuertemente una cuerda á todo el cuerpo, que hundida en las carnes, é hinchándose estas horrorosamente, todo él era una sola llaga, manando de ella tanta podre, que se hacia intolerable su pestilencial olor, y apenas habia quien tuviese valor para acercarse. Mandóle el director que se quitase aquella cuerda; obedeció, pero para mayor tormento suyo; porque no se pudo arrancar sin cortarle grandes pedazos de carne, que le causaron imponderables dolores.

Todas las noches cantaba todo el salterio, y muchos salmos entre dia, acompañándolos con genuflexiones y con otras varias oraciones. No podia menos de ser muy agradable á nuestro Señor una vida tan pura como penitente; premiándola su liberalidad con mil consuelos celestiales, y con el don de milagros.

Desenfrenado todo el infierno junto contra nuestro Santo, echó el resto su malicia para atemorizarle, ó para perderle. Una noche escitó el demonio una tempestad tan terrible, que todos le creyeron ó dividido á la violencia de un rayo, ó sepultado entre las ruinas de su misma columna; pero artificios tan groseros no podian acobardar á tan valeroso soldado. Por la mañana le hallaron tan sereno como si no hubiera habido semejante tempestad; y despues de esta victoria, solo su nombre era terror de los espíritus malignos. Todavía hizo otro esfuerzo el tentador para derribar su constancia, y ejercitar su paciencia, inquietándole

tándole con sucias tentaciones; pero sin otro fruto que el de purificar su virtud, y añadir grados á sus merecimientos. Mientras duró este molesto combate se le oia por las noches dirigir incesantemente al cielo estas oraciones jaculatorias: *Miserere mei, Deus, miserere mei; quoniam in te confidit anima mea.* (Psalm. 56.) Ten misericordia de mí, Dios mio, ten misericordia de mí; porque mi alma tiene puesta en tí su confianza. *Sub umbra alarum tuarum sperabo: Deus meus, ne longe recedas à me.* (Psalm. 16.) Esperaré, Señor, protegido á la sombra de tus alas; no te desvies léjos de mí, Dios mio. *Deus in adiutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina.* (Psalm. 69.) Venid, Señor, á ayudarme, y daos priesa á socorrerme.

Des pues de haberle purificado el Señor con todo género de pruebas, le colmó de gracias y de favores. Comunicóle un don de contemplacion tan elevado, que su oracion era un éstasis continuo, y en estas íntimas familiaridades que tenia con su Dios adquirió aquel superior conocimiento y aquella como penetracion de los mas altos misterios de nuestra religion. En el don de milagros pocos santos le hicieron ventajas. A solo el nombre de Simeon se amansaban las fieras, y nada negaba el Señor á la oracion de este taumaturgo.

Animado de un ardiente zelo por la salvacion de las almas, acompañaba todas las curaciones milagrosas con tan vivas exhortaciones, que hizo conversiones insignes, y no fueron estas el menor de sus milagros. Movidos de tantas maravillas el patriarca de Antioquia y el obispo de Seleucia vinieron á visitarle. Fueron testigos oculares de los prodigios que publicaba la fama; y considerando los grandes bienes que resultarían á la Iglesia de Dios, si aquel estático y portentoso varon fuese consagrado al ministerio de los altares, á pesar de su humilde resistencia le confirieron los sagrados órdenes, y poco despues el obispo de Seleucia le promovió á la dignidad del sacerdocio.

Con ella parece como que adquirió nuevo resplandor su virtud, sirviéndole de estímulo para aumentar sus rigores, y de motivo para dar mayor estension á los ardientes impulsos de su zelo. No contentándose con predicar y exhortar de viva voz á los que concurrían á verle, escribia muchas cartas á los ausentes desde lo alto de su columna. Entre otras escribió una al emperador Justiniano, animándole á que defendiese vigorosamente el honor de las imágenes de Cristo, de la Virgen y de los Santos, y exhortándole á que emplease toda su imperial autoridad en reducir á los herejes.

Como los samaritanos que habitaban en Porfireon de Palestina hubiesen echado por tierra algunas cruces, abatiendo y ultrajando las imágenes de Cristo y de su Madre, á quien nuestro Santo profesaba la mas tierna y mas ardiente devocion, el obispo de aquella diócesis le suplicó que diese sus quejas al emperador. Escribióle una carta llena de fuego, representándole que dirigiéndose inmediatamente á Cristo y á los Santos el culto que se les rinde en sus imágenes, el ultraje que se hace á éstas se refunde directamente en aquéllos; y le suplica vengue religiosamente su honor, castigando el sacrilegio de los samaritanos, puesto que si las leyes civiles mandan castigar con rigor á los que pierden el respeto á las estatuas y á los retratos del César, no parece justo queden sin castigo los que tan impiamente se le perdieron á las imágenes del Hijo de Dios y de su santísima Madre. A esta carta llamaba el emperador *su tesoro*, y mas de doscientos años despues fué de gran peso en el segundo concilio ecuménico de Nicea. Los iconoclastas intentaron convencerla de suposición; pero el papa Adriano I hizo demostracion al emperador Carlo Magno de que era verdadera, y en lo mismo convino todo el Oriente.

Tambien escribió nuestro Santo al mismo emperador contra los errores de Nestorio y de Eutiques; cuya estirpacion solicitó con el mayor zelo en todas ocasiones. Además de las cartas que escribió en defensa de las imágenes, y contra las herejías, compuso S. Simeon otras obrillas espirituales, en todas las cuales se hace visible que el mismo Dios fué su principal maestro.

Habiéndole favorecido Dios con el don de profecía, supo muy anticipadamente el dia de su muerte; y mandando convocar á los religiosos del monasterio, que todos se profesaban sus discipulos, despues de encomendarles mucho la puntualidad y mas exacta observancia de sus reglas, les declaró que entre las muchas gracias con que la liberal mano del Señor le habia favorecido desde su mas tierna infancia, singularmente le habia comunicado una, que ya era tiempo de manifestársela á todos, lo que hacia de muy buena gana, por cuanto no ignoraba que habia escitado la curiosidad de muchos haciéndoseles incomprendible. *Siendo niño, les dijo, pedí á Dios muy de veras que me librase de la necesidad de comer, y tuve una vision: Aparecióseme un varon vestido de sacerdote, que llevaba en la mano un plato lleno de viandas esquisitas; probélas, y desde entonces no tuve necesidad de comer. Todos los domingos al fin de la misa se me repitió la misma vision; y veis aquí porque me he sustentado con tan corto alimento.*

En fin, á los setenta y cinco años de su edad, el dia 24 de

mayo, rodeándole todos sus hermanos, entregó el siervo de Dios su espíritu al Criador con aquella tranquilidad y con aquella alegría que es como la aurora de la gloria que los bienaventurados gozan en el cielo.

SANTA ETHELDREDA, Ó AUDRICA, VÍRGEN Y ABADESA.

SANTA Etheldreda, ó Ediltrudis, llamada comunmente Aurica, fué hija tercera de Annas, ó Anna, santo rey de los estanglos, y de Sta. Hereswida. Fué hermana menor de Sta. Sexburga y de Sta. Ethelburga, que murió vírgen y monja en Francia; y fué hermana tambien mayor que Sta. Withburga. Nació en Ermynge, famosa villa de Suffolk, y fué educada en el temor de Dios. Por condescender con el gusto de sus hermanos y amigos se casó con Tombercht, príncipe de los gírvios meridionales; pero vivieron en perpetua continencia. Tres años despues de casada, y uno de la muerte de su padre, perdió Etheldreda á su marido, quien en viudedad la dejó la isla de Ely. Retiróse la santa vírgen y viuda á aquella soledad, donde vivió cinco años mas como habitante del cielo que como en vida mortal. Hollando con sus pies cuanto alucina á los seducidos mundanos, hacia su deleite y su gloria la pobreza y la humildad, y cantar las alabanzas divinas con los angeles noche y dia, con una noble ambición y empeño santo. Por mas que hizo por ocultarse de los ojos del mundo, sus virtudes mismas rasgaron el velo que ella pretendia echarlas por encubrirlas, y resplandeció con un lustre que se redoblaba al reflejo de los rayos que despedia su humildad. Oyendo Egfrido, rey poderoso de Northumberland, la fama de sus gloriosas virtudes, á importunaciones y ruegos exigió de ella el consentimiento para casarse con él, con lo que se vió obligada á enlazarse segunda vez con el vínculo del matrimonio. La tradicion de la Iglesia, que con su aprobacion y cánones ha autorizado esta conducta en muchos santos, es una fiel pregonera de que el contrato del matrimonio, no consumado todavia, no priva á ninguna de las partes contrayentes de la noble libertad de preferir á su uso el estado de mayor perfeccion. Sobre este principio Sta. Etheldreda durante los doce años que vivió y reinó con su marido, permaneció con él como si hubiera sido hermana suya no mas, y no como mujer; cuyo tiempo le empleó todo en ejercicios de piedad y devocion. Ultimamente adoptando el consejo de S. Wilfrido, y recibido de sus manos mismas el velo religioso, se retiró al monasterio de Coldingham mas allá de Berwick, y en él vivió en santa obediencia

bajo la devota abadesa Sta. Ebba. Despues en el año de 672, segun Tomás de Ely, volvió á esta isla, y fundó en ella dos monasterios en sus estados mismos. Gobernó ella misma aquellas monjas, y con su ejemplo fué una regla viva de perfeccion para sus hermanas. Una vez sola comia al día, á no ser en las grandes fiestas, ó estando enferma; nunca vistió lino, sino lana y sayal; jamás volvía á la cama despues de los maitines que se cantaban á media noche, sino continuaba en la iglesia hasta por la mañana sus oraciones. Regocijábese en las penalidades y con las humillaciones, y en su última enfermedad daba gracias á Dios porque la habia afligido con una penosa llaga corrosiva en el cuello, que consideraba la Santa como justo castigo de su vanidad, cuando en su juventud llevaba en la corte ricos collares guarnecidos de preciosas perlas y esquisitos brillantes. Despues de una prolija enfermedad exhaló su pura alma con profundos sentimientos de compuncion á 23 de junio del año de 679. Fué enterrada conforme á su voluntad en un ataúd de madera. Su hermana Sexburga, viuda de Ercomberto, rey de Kent, la sucedió en el gobierno de su monasterio, y mandó que se recogiese su cuerpo, se le pusiese en una tumba de piedra, y fuese trasladado á la iglesia. En cuya ocasion fué hallado incorrupto, y los mismos cirujanos que habian hecho una incision en su garganta para curarla la úlcera un poco antes que muriese, quedaron pasmados al ver la llaga y herida perfectamente sanas. Beda testifica que con la aplicacion de sus reliquias se habian obrado, y obraban muchos milagros, y con tocar el lienzo y vestiduras que se habian sacado de su ataúd; y lo mismo se confirma por un antiguo himno latino, que este mismo autor inserta en su historia.

Esta gran reina y santa hacia tanto aprecio de la virtud de la virginidad, porque aprendió en la escuela de Cristo cuan preciosa era esta joya, y cuan brillante ornamento es el de esta virtud á los ojos de Dios, como que es esposo casto y amante de las verdaderas vírgenes, que coronan su castidad con el espíritu de oracion, humildad sencilla y ardiente caridad. Estas almas se presentan sin mácula ante el trono del Señor; son entresacadas de entre los hombres, como primicias de Dios y del Cordero, siendo propiamente la herencia escogida para Dios y consagrada únicamente á él; cantan un nuevo cántico ante su trono, que otros no pueden cantar, y siguen al Cordero inmaculado á cualquiera parte que va. «¿Donde pensais que va el Cordero? Donde de ninguno otro se atreve á ir, ni á seguirle, esclama S. Agustín; ¿donde pensais que va? á qué arboledas, á qué pastos?

«Donde se hallan las alegrías, no como las de este mundo, falsas, caducas y traidoras, ni aun como aquellas que se dan «en el reino de Dios mismo á aquellos que no son vírgenes, sino «unas alegrías distintas de estas. Las alegrías de las vírgenes de «Cristo están formadas de Cristo mismo, en Cristo, con Cristo, «y para Cristo. Las alegrías peculiares de las vírgenes de este «Señor no son las mismas que las de aquellos que no son vírgenes; porque aunque los demás tienen sus alegrías no como «aquellas;» y añade: «Cuidad mucho de no perder este tesoro, «porque una vez perdido nunca se puede recuperar. Todos los «demás bienaventurados os verán, y no podrán seguir como «vosotros al Cordero tan adelante. Os verán, pero no os envidiarán; antes bien regocijándose en vuestra felicidad poseerán en «vosotras lo que en si mismos no posean. Y aquel nuevo cántico «que ellos no serán capaces de entonar, lo oirán á lo menos, y «se regocijarán sumamente con un bien tan grande como el que «poseeréis. Pero vosotros los que podreis cantarle y oirle, os «regocijareis mas dichosamente, y reinará en vuestros corazones una alegría mas completa.»

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue:

O Dios, que cada año nos temos los ejemplos de aquel alegras con la festividad del cuyo nacimiento á la gloria celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 5 del apóstol S. Pablo á los Efesios.

Hermanos: No se nombre cador, ó impuro, ó avariento, entre vosotros la fornicacion, ó ni cuanto pertenece á la sercualquiera impureza, ó la avaricia, como corresponde á los santos: ni la obscenidad, ni las palabras necias, ni las bufonadas que son fuera de tiempo; sino antes bien la accion de gracias. Sabed, pues, esto; y entended, que ningun fornica-

ador, ó impuro, ó avariento, ni cuanto pertenece á la servidumbre de los ídolos, no tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas: porque por tales cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la desconfianza. No querais, pues, hacer compañía con ellos.

REFLEXIONES.

Despues de haber leído lo que S. Pablo escribe aquí á los efe-

sinos, ¿habrá todavía quien pregunte seriamente, qué pecado es pasar la vida entre los regalos, entre las diversiones y entre los pasatiempos? ¿qué pecado es asistir á los espectáculos? ¿dónde prohíbe el Evangelio las diversiones profanas? A esto se responde, que todo el Evangelio es una manifiesta condenacion de ellas. Ciertamente, aun cuando se despojára el teatro de aquellos artificiosos atractivos en que consiste su principal embeleso, y que hacen tanta impresion en el alma; no se puede negar que todo lo que compone el espectáculo conspira á escitar las pasiones; todo lo que constituye esta profana diversion con tanta lisonja de los sentidos, es lazo que se arma á la virtud. ¿Qué pudor tan delicado, qué inocencia tan austera, espuesta sin preservativo al mas contagioso aire del mundo, en medio de una multitud de objetos á cual mas tentadores, siendo el blanco, y estando al descubierto de una espesa lluvia de flechas á cual mas emponzoñadas, podrá escaparse, sin milagro, de salir mortalmente herida? ¿y qué derecho tendrá para pedir un milagro el que libremente se va á meter en semejante peligro? Si la mas consumada virtud, si la inocencia mas arraigada, si la mas rígida penitencia, si un anacoreta esqueleto, criado toda la vida en una cueva, ó en una sepultura de la Tebaida, concurriera á estos espectáculos, todo lo arriesgaria; ¡y aquel corazon tierno, regalado, criado entre delicias, y medio corrompido, nos quiere persuadir que es insensible á tantos incentivos! ¿Pero, mi Dios, á qué fin hemos de buscar fuera de los mismos espectáculos otras razones para condenar semejantes pasatiempos?

Una gran sala donde concurre toda la gente ociosa, alegre y aun disoluta de una ciudad, los mas de costumbres estragadas, y muy contados los de buena vida; una concurrencia donde cada uno se presenta con toda la profanidad, con toda la bizarria que puede; donde todo embelesa, todo brilla; donde los jóvenes de uno y otro sexo emplean lo mas fino, lo mas esquisito que ha inventado el estudio y el artificio, para que unos á otros se parezcan bien, y para tentarse reciprocamente. Un patio de comedias, cuyos cuartos están llenos de escollos tanto mas peligrosos cuanto mas cubiertos, donde los ojos pueden juntar de una sola vez muchos objetos á cual mas dignos de temerse; á estos mudos peligros se añade el dulce y pegajoso veneno de las conversaciones demasadamente tiernas, ó demasadamente libres, porque en semejantes sitios no se da lugar á otro lenguaje. ¿Y qué diré del gran peligro á que espone la misma fatal necesidad de que las conversaciones hayan de ser secretas ó en voz

baja por no estorbar la atencion de los demás? Pregunto: ¿no es querer burlarse de los timoratos y de los prudentes, teniéndolos por estúpidos ó por idiotas, el empeño de persuadirles que no hay peligro, que todo es inocente en semejantes espectáculos?

Sin embargo, estos no son mas que los funestos preludios de las conquistas que hacen las pasiones en esta clase de pasatiempos. En ellos todas las cosas concurren á enternecer el corazon, á tentarle y á pervertirle. Hasta la luz natural del sol, por ser demasadamente pura y clara, parece que incomoda; y así es mas del gusto y mas de la moda de los espectáculos la luz artificial y débil de los blandones ó de las bujias. Entran desde luego á preocupar los sentidos las decoraciones, las voces y los instrumentos; y puestos aquellos de acuerdo con las pasiones, ¿cómo es posible que dejen tranquila el alma? Empléanse en derretirla, en moverla y en embelesarla lo mas delicado de la música, lo mas tierno de la armonía, lo mas patético de la composicion, y toda la dulzura que puede comunicar el arte á la voz y á los instrumentos. Fija los ojos la magnífica decoracion; arrebatan el ánimo las máquinas del teatro; suspéndele el desenredo de los lances, y queda preocupado casi sin reflexion para prevenirse contra las sorpresas. En esta disposicion de todos los sentidos, ó ganados ó cautivos, y en esta constitucion del corazon, tan propenso ya á dejarse cautivar, se dejan ver de repente en el teatro los actores y las actrices, adornadas con todo el artificio que supo inventar el mas ingenioso y mas fino espíritu del mundo para prender y para seducir, añadiendo al artificio todo lo que puede inspirar la pasion que representan y sienten. Y como la pasion dominante del teatro es el amor, es fácil discurrir á qué fin se dirigen aquellas quejas amorosas, aquellas relaciones tiernas, y mas representadas por unas mujeres mozas, hermosas por lo comun, dedicadas á tan peligroso oficio menos por necesidad que por inclinacion á la libertad y al desabogo, cuya mayor gloria consiste en agradar, asalariadas ó gratificadas para inspirar con viveza la pasion que representan; y todo con una voz dulce y pegajosa, y con un aire blando y halagüeño; con mil movimientos libres, mezclados de palabras tiernas, de versos emponzoñados, compuestos con el mayor artificio para inspirar el amor, y recitados por unas cortesanas, que aun sin hablar palabra se valen del arte, de la profanidad y del embuste para armar lazos á la inocencia. Este prodigioso conjunto de artificios y de incentivos, el menor de los cuales, considerado separadamente, seria una peligrosa tentacion, ¿es posible que en el dictá-

men de los mundanos ha de ser un pasatiempo indiferente, una inocente diversion? ¡Y podrá uno ser buen cristiano discurriendo de esta manera!

El Evangelio es del cap. 11 de S. Marcos.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Si te escandalizáre tu mano, córtatela: mejor te es entrar débil á la vida, que ir teniendo dos manos al infierno, á un fuego inestinguible; en donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga.

Y si tu pié te escandaliza, córtatele: mejor te es entrar cojo á la vida eterna, que teniendo dos pies ser echado á un infierno de fuego inestinguible; en donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga.

MEDITACION.

De las ocasiones voluntarias del pecado.

PUNTO PRIMERO.—Considera que siempre se debe temer la ocasion de pecar, ora se busque, ora no se busque. Conociéndose la inclinacion que todos tenemos á la malo; á vista del desorden de la concupiscencia, del atractivo de los objetos y de la impresion que hacen en el alma; reflexionadas bien nuestras reincidencias, nuestra debilidad y nuestra flaqueza, ¿quién no temerá cuando se halla en la ocasion? Temieron y temblaron los santos, cuando el acaso, la necesidad ó la malicia del demonio los metió en alguna; no tuvieron por ajeno de su espíritu ni de su valor el ponerse pálidos á vista de un peligro, en que no se trataba menos que de perder el alma, y de perder á su Dios. Aun en los mismos desiertos no se consideraban bastantemente desviados de las ocasiones; levantaron columnas para perder de vista á los hombres, por explicarme de esta manera. Pero cuando se busca la ocasion, es mucho mas digna de temerse. *El que ama el peligro perecerá en él (Eccl. 3.), dice el Espíritu Santo,*

No buscó David la ocasion, y en medio de eso un objeto peligroso; que sin pensar en él, ni haberle tratado jamás, se le puso á la vista, trastornó á aquel gran Santo. ¿Y será posible que no han de hacer la menor impresion en el alma, no han de poner en peligro la inocencia los mas tentadores objetos todos juntos, que de propósito se van á buscar, y á los cuales te espones voluntariamente y tan de asiento? ¿mudóse por ventura el corazon del hombre? ¿no nacen con él las pasiones? ¿están confirmados

en gracia todos aquellos que corren apresuradamente á meterse en tan espantosos peligros? Mas ha de sesenta años (decia un venerable anciano que habia envejecido en el desierto) mas ha de sesenta años que estoy macerando mi carne, que trabajo sin cesar en domar mi cuerpo con el ayuno, con el cilicio y con las mas vigorosas penitencias, y todavia reconozco dispuestas mis pasiones á encenderse con la centella del menor peligro; y unos mozos con las pasiones estremadamente vivas, con una virtud ó muy flaca, ó acaso ninguna, con los sentidos inmortificados, naturalmente propensos á lo peor, con las inclinaciones viciosas, estragado el espíritu y el corazon; unos mozos para quienes todo es peligro, todo tentacion, van serenamente á buscar las ocasiones mas tentadoras, se esponen á todos los peligros, corren apresuradamente á los espectáculos. Malo es no conocer su flaqueza; pero es mas digno de lástima aquel, que conociendo el precipicio, corre á él, y no le teme.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que el mismo meterse voluntariamente en la ocasion es pecado mortal. Supongamos (lo que no es verisímil) que no se beba el veneno que se prepara; la misma preparacion bastó para emponzoñar. Grande error es lisonjarse uno, y aun llegar á persuadirse que puede estar mano á mano horas enteras con aquella persona, asistir tardes y noches á los concursos mundanos y peligrosos, fijar voluntaria y curiosamente los ojos en objetos lascivos ó provocativos, leer muy de propósito libros perniciosos, asistir con ansia y con gusto á todo género de espectáculos, y persuadirse, vuelvo á decir, de que nada le remuerde la conciencia, y de que en nada hubo pecado. Búscanse estas ocasiones, porque se encuentra gusto en ellas; el corazon, de acuerdo con los sentidos, intenta satisfacerse; porque vamos claros, ¿concurrirse á ellas para mortificarse, para domar las pasiones, para hacerse violencia á sí mismo? ¿Podrá decir alguno que solo son unas inocentes diversiones del ánimo, en las cuales no tiene parte el corazon? ¡Lastimosa salida! ¿Quién podrá prometer grandes victorias en unas ocasiones que precisamente busca para ser vencido? Si apenas hay fuerzas para resistir á la natural inclinacion que arrastra hácia la ocasion de pecar, ¿cómo será posible, metido ya en la misma ocasion, resistir á la violenta inclinacion que empuja poderosamente hácia el mismo pecado, y mas hallándose ya atacado el corazon por todos los atractivos que le acompañan? El que no se puede tener en pié sobre el borde del precipicio cuando ninguno le empuja, ¿cómo se tendrá puesto ya en el despeñadero, impelido con la presencia

del objeto, impetuosamente movido por la pasión, y solicitado vivamente por mil poderosos incentivos? De buena fe, ¿podrá ningún hombre de razón persuadirse, á menos que se quiera cegar ó aturdir voluntariamente, que no hay pecado alguno en buscar muy de propósito las ocasiones de pecar? ¿Dejará de ser temeridad meterse por gusto y sin necesidad en un mar tempestuoso, rodeado de escollos, donde naufragaron millares de millares? No se atreverían á esponerse los pilotos mas diestros y mas experimentados; y se entran en él sin miedo ni aprehension los que se dejan llevar á merced de las olas y los vientos. Parece que los naufragios solo se hicieron para los cautos y para los prudentes, cuando los atolondrados y los disolutos se consideran seguros en medio de las borrascas. Digámoslo sin rebozo: un cuerpo muerto nada siente; el demonio tienta poco á una alma perdida, porque ella misma se tienta sobradamente á sí propia; ¿ni á qué fin ha de dar nuevos asaltos á una plaza que ya está rendida? Dicen que esos objetos les hacen poca ó ninguna impresion, porque están acostumbrados á ellos. Esto quiere decir en buenos términos, que acostumbrados ya á consentir en el pecado, ni les espantan ni les bacen novedad aquellas acciones que ya son ordinarias y familiares en ellos. Cuando la conciencia está gangrenada, no siente la culpa; pero á una conciencia sana, sola su sombra la estremece.

Espantado estoy, Señor; y gimo íntimamente al acordarme de las ocasiones en que me metí, y de la funesta seguridad con que me mantenía en medio de ellas. Bien veis, Dios mio, la disposición en que mi corazón se halla al presente; dadme gracia para que mis propósitos sean eficaces, y para que ningún motivo humano sea capaz de esponerme á las ocasiones de pecar.

JACULATORIAS.—Oh, Señor, libra mi alma de toda ocasion de perderte. (*Psalm. 114.*)

Resuelto estoy á retirarme del mundo, á esconderme en la soledad por huir de los peligros. (*Psalm. 54.*)

PROPOSITOS.

1 *El que ama el peligro, perecerá en él, dice el Sabio.* Vanamente, y aun injustamente se echa la culpa al tentador y á la tentacion; poca necesidad tiene el demonio de sus artificios, y no ha menester cansarse mucho para pervertirnos; mas almas tienen en el infierno las ocasiones de pecar en que voluntariamente se pusieron ellas mismas, que las mas violentas tentaciones; ni

todas las máquinas del tentador son capaces de condenar. Convienen todos en que en el mundo todo es peligro: objetos, modas, trajes, juegos, juntas, diversiones, conversaciones, y hasta el espíritu del mismo mundo, todos son lazos. Y en medio de eso, se esponen á ellos, corren á ellos, y en ellos pasan los mundanos la mayor parte de la vida, sin temor, sin preservativos, con el espíritu ya vencido, con el corazón estragado; contentándose con decir en tono lastimero: *Muy dificultoso es salvarse un hombre en el mundo; Dios se apiade de nosotros.* Prepárase el veneno con cuidado; vase bebiendo á sorbos, ó de muchas veces; y despues muchas quejas de que es corta la vida, de que se muere la gente en lo mejor de la edad, de que Dios nos da poca salud. Aprovechate de la locura de tantos otros, y acaso tambien de la tuya misma; ten horror á todo cuanto te pueda ser ocasion de pecar, y estremécete en este particular hasta de la misma duda. Nunca digas: vime en tal ocasion, y no caí. No todo los venenos causan convulsiones ni inquietudes; los mas perniciosos son aquellos que menos se sienten. Basta que la persona, que la concurrencia, que el lugar sea ocasion próxima de pecar, para que efectivamente se peque solo con ponerse en ella. Huye todo lo que puede vulnerar la inocencia; huye todo lo que tiene asomo de peligro; huye todo lo que puede servirte de tropiezo; huye todo lo que te tienta ó te puede tentar.

2 Por mas que el mundo quiera justificar sus usos, sus modas, sus diversiones, sus pretextos de atencion, de buena crianza, de decencia; todo es engaño, ilusion, error: gobiernate por principios mas cristianos, y no te dejes alucinar voluntariamente. Está el mundo sembrado (es verdad) de ocasiones, de peligros de pecar; pero en tu mano está evitarlos. Ocasiones son muy peligrosas los espectáculos, los bailes, los saraos; esas casas de juego públicas, esas tablajerías, donde concurren todos los ociosos y toda la gente libre del pueblo; esas tertulias, de donde está desterrado para siempre el espíritu del cristianismo; esas largas, estudiadas, cultas y cortesananas conversaciones con personas de diferente sexo; esa leccion de libros galantes ó sospechosos en materia de religion; ciertos dijes, ciertas alhajuelas, que recíprocamente se regalan entre sí ciertas personas; ciertos libros y ciertas pinturas, que son muy propias para avivar la pasión; ciertas visitas, ciertos dias de campo; un convite, una merienda, una persona, pueden ser para tí ocasiones de pecar; huyelas, córtalas sin dilacion, cuésete lo que te costare. Pocos pecados hay que mas merezcan el castigo, ni que parezcan menos dignos de misericordia, que aquellos cuya ocasion se busca libre y voluntariamente.